

“HISTORIA CONTEMPORANEA DE CHILE”, de Julio Pinto y Gabriel Salazar

Rodrigo Ahumada Durán
Profesor
Universidad Gabriela Mistral

La obra reciente de los profesores Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*¹, importa no solo al especialista en historia de Chile, sino también a todo historiador, cientista social y filósofo, preocupado por la cuestión del *estatuto del saber histórico* y su *lugar* propio en el ámbito de los saberes o ciencias sociales. Importa sobre todo, porque lo que está en juego en esta obra, es la *posibilidad* misma de *la historia*, de constituirse en un *saber* riguroso capaz de alcanzar un “*optimum de verdad*” (H.I. Marrou).

En efecto, una lectura atenta de esta obra hace inevitable la siguiente pregunta: ¿Nos encontramos ante un trabajo propiamente *historiográfico*, o nos encontramos más bien ante un *discurso* que ‘utiliza’ la historia para ‘probar’ un conjunto de tesis *ideológicas* previamente aceptadas? Después de analizar el texto detalladamente, no nos cabe la menor duda. Se trata de un *Proyecto ideológico-historiográfico* de una clara inspiración hegeliano-marxista. Indudablemente, se trata de un marxismo mucho más ‘refinado’ que el postulado por el escritor argentino Luis Vitale en su *Interpretación marxista de la Historia de Chile*.

Una consideración detallada de la “*Introducción General*” del libro, muestra con claridad cuáles son los *principios teóricos* y los supuestos *epistemológicos* sobre los que reposa esta “*Historia de*

¹ *Historia contemporánea de Chile. Estado, legitimidad, ciudadanía*, Vol. I, Santiago, Ediciones LOM, Serie Historia, Primera edición 1999, 315 páginas. *Historia contemporánea de Chile. Actores, identidad y movimiento*, Vol. II, Santiago, Ediciones LOM, Serie Historia, 1999, 173 páginas. Están proyectados otros dos volúmenes de próxima aparición.

Chile", y que explican con nitidez por qué afirmamos que nos encontramos ante un proyecto intelectual de corte *ideológico-historiográfico*. A este respecto escriben los autores en la presentación general de su obra:

*"Esta Historia quiere asumir los problemas históricos de Chile desde la urgencia reflexiva del ciudadano corriente. Es éste —por ello— el sujeto, actor, y destinatario principal de este estudio. Los problemas se han querido percibir y reconstruir desde su perspectiva. En cierto modo, es una historia mirada 'desde abajo'; pero no desde la 'marginalidad', porque el ciudadano, en una sociedad, no es ni puede ser periférico a nada que ocurra en ella. Pues tiene el máximo derecho: la soberanía; que es el máximo 'derecho humano'. La máxima legitimidad que puede hallarse en la historia. Ante ella, todo se inclina: los héroes, los políticos, el Estado, el Mercado, los mitos. La mirada del ciudadano constituye el **único estrado** desde donde los hechos y procesos históricos no sólo se pueden 'investigar' en su condición de verdad (tarea de los historiadores), sino también, legítimamente 'juzgar' y 'utilizar'. No juzgar para condenar y/o glorificar, ni utilizar para ignorar su objetividad, sino para algo más trascendente e histórico: para producir y reproducir la vida social en un nivel superior. Que es —o debería ser— la responsabilidad histórica permanente de todo ciudadano formado con conciencia republicana. Esta Historia está escrita por historiadores, pero intenta, por lo dicho, situarse en la perspectiva reflexiva y 'procesal' de los ciudadanos chilenos".*

Una cuestión que surge casi espontáneamente de la lectura del párrafo citado es la siguiente: ¿Se puede afirmar en rigor que la mirada del ciudadano constituye el **único estrado** donde los hechos y procesos históricos no sólo se pueden 'investigar' en su condición de verdad, sino también, legítimamente, 'juzgar' y 'utilizar'? Esto es lo que Salazar y Pinto llaman "una historia mirada 'desde abajo'". Ahora bien, si se asume este postulado, el saber histórico queda enteramente 'hipotecado' por esta suerte de *óptica ideológica de producción historiográfica*.

Por otro lado, ¿cómo se puede conciliar esta afirmación con la búsqueda legítima de *objetividad* (sabiendo que el saber histórico tiene un tipo peculiar de *objetividad*) presente en todo historiador honesto intelectualmente? ¿Quién le garantiza al historiador que está situado en el '*estrado*' preciso y adecuado para leer correctamente los eventos y procesos históricos? ¿Quién les puede garantizar a Salazar y Pinto que ellos han recibido una suerte de *don* especial para tener la capacidad 'intelectual' de captar '*la mirada*' del ciudadano? Por otro lado, en esta historia

escrita *'desde abajo'* ¿quién es realmente 'ciudadano' y quién no? En esta historia ¿son todos los miembros de la sociedad 'ciudadanos' o solamente una *clase social* determinada? ¿Quién es el sujeto, actor o protagonista de la historia?

Para estos autores, particularmente Gabriel Salazar, el 'ciudadano', quién aparece como el *sujeto histórico* por excelencia, en oposición a las 'élites', se identifica pura y simplemente con el *'ciudadano de base'* o con la *'baja ciudadanía'*. En otras palabras, el concepto de 'ciudadano' viene a ser un adecuado e *instrumental* sustituto, pero tan sólo nominal, de la noción de *'bajo pueblo'*, categoría conceptual consustancial al pensamiento histórico de Salazar. Es preciso recordar, que el proyecto *historiográfico* de este historiador marxista o neomarxista, ha sido habitualmente el *escribir una historia "desde adentro y desde abajo"*, lo que obliga al historiador, según lo señalado por él en otras obras, a *"sumergirse de lleno"* en la *"historicidad significativa"* de las *"masas alienadas"*.

Ahora bien, en este horizonte teórico planteado por Salazar (y en cierto sentido por Pinto) como *"condición de verdad"*, ¿qué ocurre con la obra de historiadores destacados, que han publicado trabajos de incuestionable valor histórico sobre la historia de nuestro país, como Mario Góngora, Rolando Mellafe, René Millar o Gonzálo Vial, y que sin embargo, no han proclamado que pretenden escribir desde *"algún estrado"* determinado o preciso, sino fundamentalmente desde las exigencias propias de su objeto de estudio o sujeto de investigación?

Lo que Salazar y Pinto parecen desconocer profundamente en cada página de su obra, es la cuestión fundamental de la *naturaleza y funciones del saber histórico*. El primero, con su curiosa 'politología historiográfica', y el segundo, con su 'sociologismo histórico', dejan al lector, sea este historiador o no, con la sensación de que la historia es una suerte de *"melting pot"* o amalgama, en la cual es imposible diferenciar lo que pertenece propiamente al trabajo del historiador y lo que corresponde más bien a la tarea de los científicos sociales. Como diría François Dosse, lo que tenemos aquí es, entre otras cosas, una *"historia en migas"*.

En el mismo sentido, resulta paradójal, tratándose de historiadores, que las nociones de *'ciudadano'* y de *'ciudadanía'*, se presenten en el párrafo que estamos analizando, como en el conjunto de la obra, particularmente el primer volumen, como

categorías que poseen un carácter 'metafísico' (lo que nos recuerda la teoría de las *clases sociales* formulada por Marx), y no propiamente histórico. Lo mismo ocurre con otros conceptos esenciales en esta obra. Tal es el caso de la noción de *Estado*, la cual es desarrollada desde las *perspectivas formales* más diversas, hasta los enfoques teóricos más heterogéneos, confundiéndola muchas veces con la noción de *sociedad*.

Esta claro, que el historiador hace uso generalmente del importante aporte de diversas disciplinas auxiliares, o de las ciencias sociales para una comprensión más adecuada de su objeto de estudio. El problema reside, en que en esta obra, la perspectiva histórica no aflora nunca con clara nitidez. De este modo, las diversas perspectivas, y los variados enfoques no desembocan en una clara síntesis historiográfica. Todo lo contrario, lo que se configura es un mosaico de fragmentos heteróclitos, tomados de doctrinas y teorías muchas veces inconciliables. Esto conduce a un claro empobrecimiento del libro, por cuanto el lector queda abandonado a una especie de "*libre examen interpretativo*", produciéndose una clara *hermeneutización* ideológica de la historia de Chile.

En este sentido, cuando los autores afirman que el "ciudadano corriente", tiene el "máximo derecho", es decir "la *soberanía*", que según ellos sería "el máximo 'derecho humano'", al mismo tiempo que "la máxima legitimidad que puede hallarse en la historia", no se están refiriendo a un *hecho* que se funde en un *dato* 'científico' o histórico (o sociológico) bien preciso. En el caso de la historia este *dato* no es otra cosa que el *documento*, a partir del cual, y al interior del cual, el historiador *constituye* los hechos. En el caso de esta obra, la función del historiador no consiste en *constituir* los hechos sino en *construirlos* desde su propio *paradigma ideológico*. Esto implica una *relectura* de las fuentes, y a través de ella del pasado, desde el criterio fundamental de la *praxis* del "ciudadano corriente", o "desde los más modestos".

De este modo, la tarea esencial de la *historia* consiste en ser un catalizador, para que estos 'actores' puedan asumir la historia como "*sujetos de ella*", "*como ciudadanos protagónicos, integrales, de máxima dignidad y creciente poder, impulsados por la responsabilidad de resolver 'soberanamente' los problemas de su propia historia*", lo que Salazar llama la "*teoría del cambio social*", que no es otra cosa que la vieja *praxis marxista* de las grupos populares, en la óptica esencial de la posesión del poder.

Por otro lado, afirmar que el derecho a la soberanía es el "máximo 'derecho humano'", es desde todo punto de vista sencillamente una *falacia*. El máximo "derecho humano" es el *derecho a la vida*, desde su concepción hasta su muerte. De este derecho se desprenden todos los demás. Supongamos hipotéticamente, que los autores están pensando exclusivamente en los derechos del ciudadano. En este caso, también es una falacia sostener que el máximo derecho es el derecho a la soberanía. Lo que prima en este orden, que es el orden del bien común, es el *derecho a ser libre*. Es curioso ver cómo en esta obra se combinan en una suerte de 'cacofonía' epistemológica las afirmaciones filosóficas con las afirmaciones históricas.

Hay dos observaciones finales que quisiera hacer a propósito de esta obra o como corolario de ella. La primera observación se refiere a la relación entre *el saber histórico y la función 'científica' del historiador*, la cual no se puede confundir con la *función social* del mismo. Salvo que se esté pensando en la tesis 11 de Marx sobre Feuerbach, donde el saber se identifica con la *praxis* revolucionaria. En este sentido, la cuestión que surge es la siguiente: ¿Es posible elaborar la historia sin el historiador? Dicho de otro modo ¿Es la historia separable del historiador? Nos referimos a la historia como *conocimiento*, no como *realidad*.

Este es uno de los grandes problemas que la lectura de la obra de Pinto y Salazar plantea. Si la historia es aquel saber que se caracteriza esencialmente por ser, como pensaba H.I. Marrou, ese "*mixto indisoluble donde entran a la vez, íntimamente asociados, la realidad del pasado, sí, su realidad 'objetiva', verdadera, y la realidad presente del pensamiento activo del historiador que busca encontrar la primera*". Entonces, *la historia es siempre inseparable del historiador*. Esto no quiere decir, en ningún caso, que el historiador *construye* arbitrariamente *la historia*, por cuanto ella siempre se elabora *desde y al interior* de los *documentos*, que son el *nexo objetivo* entre el *presente* del historiador y el *pasado humano* que éste considera.

En el caso de la "*Historia de Chile*" de Salazar y Pinto, la obra activa del historiador *en cuanto historiador* se encuentra enteramente eclipsada. Dicho de otro modo, en estos historiadores, el *pensamiento histórico* ha cedido inexorablemente su lugar al *pensamiento ideológico*. En efecto, si "*la mirada del ciudadano constituye el único estrado desde donde los hechos y procesos históricos*" se investigan "*en su condición de verdad (tarea de los historiadores)*", entonces ya no nos encontramos ante un *historiador*

realizando una tarea de *investigador*, sino que ante un '*vocero*' o '*dirigente*' realizando una tarea política. Es decir, transformándose en una suerte de *causa instrumental* a través de la cual pasan las aspiraciones, ya no '*científicas*', sino politico-partidarias de 'los ciudadanos' a los cuales se dice representar. Nótese que nuestros historiadores hablan de "un único estrado", lo que no concuerda con lo que Salazar sostiene posteriormente en su réplica a Sergio Villalobos, donde quiere hacernos creer que el '*ciudadano corriente*', se constituye en una *perspectiva* más entre otras. Esta ambigüedad intelectual es típica en el pensamiento de este autor.

Esto no es historiografía, sino precisamente *dogmática ideológica*. En efecto, lo propio de la *ideología (política)*, consiste en ser una visión global (*Weltanschauung*) de la realidad, orientada esencialmente a la acción (*poiesis*), reduciendo los principios y los valores a los *intereses* de un grupo determinado de la sociedad. Por esta razón, es intrínseco al *discurso ideológico* la *falsificación* de la realidad, sobre todo de la política y la histórica, cumpliendo una función de justificación y encubrimiento. Como ha dicho acertadamente el filósofo polaco (ex marxista), Lezek Kolakowski, la ideología se puede definir como: "*la totalidad de las concepciones que sirven a un grupo social para organizar aquellos valores que son, a la vez, la conciencia mistificada de los intereses de ese grupo, y el reflejo de su actividad*".

En todos los aspectos que hemos mencionado, y en muchos más, la obra de Salazar y Pinto nos recuerdan permanentemente los principios fundamentales de la concepción histórica de la historiografía marxista, formulados excepcionalmente por el historiador francés Jean Chesneaux, en su clásico de *epistemología histórica: ¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores* (1976). Citemos, a modo de ejemplo, solamente un párrafo de dicha obra: "*En la lucha contra el orden establecido, rechazar el pasado y sus imágenes de opresión es una tendencia natural '¡Hagamos tabla rasa del pasado!...' Durante la revolución francesa, se decapitaban las estatuas, se destrozaban a martillazos los escudos de armas, se quemaban los árboles genealógicos y los pergaminos feudales(...). Pero el rechazo del pasado no excluye el recurso al pasado. A la versión oficial del pasado, conforme con los intereses del poder y, por lo tanto, mutilada, censurada, deformada, las masas oponen una imagen más sólida, una imagen conforme con sus aspiraciones y que refleja la riqueza real de su pasado*".

Esta es la *Historia de Chile, 'a tabla rasa'*, que nos proponen Salazar y Pinto. Este es, el pretendido *aggiornamento* historiográfico que nos sugieren estos historiadores. Quienes aspiran, a constituirse en el punto de partida, o 'momento fundacional' de una 'nueva' y 'verdadera' *historia* (como si el *discurso historiográfico* fuese un *discurso mitológico*). Esta, indudablemente, no es la *historia del cambio social* que quiere hacernos creer ingenuamente Salazar. Todo lo contrario, esta es la *historia del freno y del retroceso social*. Para quienes contemplamos la *caída del muro*, y con él, la de todos *los muros* que han destruido la *dignidad* inviolable de la persona humana y que han oscurecido el auténtico *significado* y *sentido* de lo humano, que no pasa primeramente por la *soberanía* sino por la *libertad* (*ontológica, psicológica y moral*), resulta paradójal, que se pretenda '*utilizar*' la historia como un '*conjunto de ladrillos*', para edificar nuevamente el *muro de la ideología militante*.

Por esta razón, entre muchas otras, ante la pregunta formulada por Salazar en su réplica a las observaciones críticas de Villalobos, sobre, "*¿qué historia necesita hoy día la sociedad civil chilena?*". Es preciso responder sin ambages, que en ningún caso la '*historia ideológica y añeja de Salazar y Pinto*' y esto por dos argumentos esenciales. En primer término, porque ella representa una manera bastante inferior de *interpretar* y *escribir* la historia: una historia como sistema cerrado y autorreferente. En este horizonte, los acontecimientos y los procesos históricos, ya no son considerados *en sí mismos* o *por sí mismos* (*conditio sine qua non* de la rigurosidad). Al contrario, los acontecimientos son considerados como '*enquistados*' al interior de un esquema de conjunto (*ideología*), o una interpretación global a la cual los acontecimientos y los procesos deben servir de justificación.

En segundo término, por que esta obra ha nacido añeja. En efecto, hoy, cuando la historiografía más reciente, particularmente en Europa, *viene de vuelta*, Salazar y Pinto, *van de ida*. Después de decenios en que las *estructuras* y los *actores colectivos* han ocupado el lugar central e indiscutido en el ámbito de la *investigación y publicación histórica*. Hoy día, hay un retorno progresivo al *evento* y a las *personalidades históricas*, como elementos esenciales para una comprensión integral del *decurso histórico*. Como nos ha recordado recientemente el importante medievalista francés, Bernard Guenée, la historia de las '*estructuras*' y de los '*actores colectivos*' esclarece el pasado humano otorgándole una maravillosa coherencia. Sin embargo, lo transforma en una realidad

demasiado simple donde lo necesario termina 'devorando' lo contingente. En cambio, "la historia de una vida permite comprender mejor hasta que punto es frágil e incierto el destino de los hombres", restituyendo la complejidad de la historia, que no es otra, que la complejidad de la misma libertad en el tiempo.

La segunda observación que quiero hacer, tiene que ver con la formación de las generaciones jóvenes de historiadores. Es cierto, como ha señalado el importante historiador Sergio Villalobos, que ellos carecen de una formación *humanística*, lo que los transforma generalmente en "técnicos monográficos", que se "felicitan mutuamente", y yo agregaría que se citan entre sí. Pero, también es cierto que ellos adolecen de una seria formación *filosófica*, por esta razón no están preparados para abordar las grandes cuestiones *epistemológicas* que afectan hoy día a la historia y a las ciencias sociales. Y esto se nota claramente cuando se tiene la 'paciencia' de leer sus trabajos. ¿Qué es la historia? ¿Es una ciencia o un tipo inteligible de conocimiento social? ¿Cuál es el objeto formal de la historia? ¿Es posible alcanzar la verdad en este campo de inteligibilidad o el saber histórico se reduce a la formulación y refutación de hipótesis? ¿En qué consiste el trabajo del historiador? ¿Qué es un documento y cuál es su función epistemológica? ¿Qué distinción y qué relación hay entre la historia y las ciencias sociales? Son cuestiones fundamentales que un historiador no puede eludir, si no quiere 'hipotecar', como ocurre con la obra de Gabriel Salazar y Julio Pinto, la objetividad o los 'límites de la objetividad' de su propio saber.